

**P. Flaviano Amatulli Valente, fmap.**

**LAS  
CONFESIONES  
DE DOÑA  
AMALIA**

**Apóstoles de la Palabra**

## **Presentación**

Hija de un combatiente por la fe y con una vida totalmente impregnada por los valores de la fe, poco a poco entra en conflicto con sus principios religiosos hasta llegar a renegar de sus mismas raíces católicas. Y todo esto por su espíritu de obediencia hacia los guías de la Iglesia; algo increíble pero cierto.

Un drama vivido por mucha gente y olvidado. Pues bien, para que no se pierda este capítulo de la historia reciente de la Iglesia, escribo este relato. Muchos encontrarán en esta historia una luz, que podrá ayudarlos a iluminar su misma historia, una historia de conflictos interiores profundos, provocados por los que tendrían el deber de ayudar a resolverlos.

Una advertencia para cuantos, por el prurito de la novedad y movidos por intereses inconfesados, desprecian el sentido común de los sencillos y se lanzan hacia aventuras sin sentido, causando destrozos en el Pueblo de Dios.

México, D.F.; a 8 de agosto de 2008.

## Capítulo 1

### A LA SOMBRA DEL MARTIRIO

Son las 10.00 de la noche. Acabo de impartir la última clase de Apologética en la periferia de una grande ciudad del norte. Al despedirme de la gente y dirigirme al curato, los organizadores del evento, dos parejas de unos 40 años de edad (los esposos son hermanos entre ellos), me invitan a ir a cenar a la casa de su mamá, que no es católica.

- De todos modos - comenta el hermano mayor -, nuestra madre es muy educada. Estamos seguros de que nunca le va a faltar al respeto. Nos gustaría que la conociera y le pudiera compartir algo de lo que nos platicó en estos días. Ella es muy inteligente y sin duda va entender las cosas con mucha facilidad.

- ¿Dónde está su casa?

- Aquí cerca, a la esquina del templo.

- Vamos.

Al entrar en la casa, la encontramos leyendo la Biblia y posiblemente orando. De inmediato la cierra y me mira en actitud de sorpresa y satisfacción, como si me estuviera esperando. Después de las presentaciones y los saludos de costumbre, voy al grano, hablando del tema de la Iglesia y su relación con la formación del canon del Nuevo Testamento. Concluyo:

- Si la Iglesia Católica no es la Iglesia de Cristo, contando con todas las garantías que Jesús dio a su Iglesia, entonces todos estamos perdidos. En concreto, si la Iglesia Católica fuera la prostituta del Apocalipsis, como la definen muchos de sus adversarios, ¿qué garantía tendríamos de que los libros que constituyen el Nuevo Testamento son Palabra de Dios y solamente ellos y no los demás libros que fueron excluidos por la Iglesia?

Mientras hablo, veo a doña Amalia muy atenta e interesada en el tema. Su rostro transparenta una íntima satisfacción. Teniendo en cuenta otras experiencias del pasado, sospecho alguna trampa:

- Sin duda - pienso - doña Amalia, que parece tan amable, se trae algún as en la manga. No entiendo el motivo de tanta satisfacción. En cualquier momento sacará las uñas.

Pues no. Doña Amalia es la mujer más sincera y transparente que he conocido.

- Mire, padre; yo estoy totalmente de acuerdo con usted. En estos días me he dedicado a leer los libros, que ha escrito usted y mis hijos me han hecho el favor de regalarme. Estoy segura de que la Iglesia Católica es la Iglesia fundada por Cristo y cuenta con la plenitud de la verdad y los medios de salvación, establecidos por el mismo fundador. Desde que recuerdo, siempre he creído en esto. Solamente que ahora he logrado comprender su fundamento bíblico.

- Entonces, ¿por qué no se reintegra a la Iglesia Católica?

- Mi querido padre, mi vida ha sido una larga odisea, que no sé cuándo va a terminar. ¿Tiene tiempo para escucharme?

- ¿Cómo no?

Y empiezan sus confesiones. Sus hijos y nueras, que aparentan estar entretenidos en preparar la cena, no se pierden ni un detalle.

+++++

Nací en una familia profundamente católica. Mi padre fue un cristero muy activo y famoso en toda la región. Yo nací poco después de los mentados “arreglos”, que más bien fueron una capitulación impuesta por la jerarquía católica, sin consultar a los interesados, que tuvieron que pagar las consecuencias. De hecho mi padre fue asesinado después de los “arreglos”, a traición. Lo que los enemigos de la fe católica no lograron en el campo de batalla, lo lograron después, sin riesgo alguno, al amparo del gobierno masón.

Yo no logré conocer a mi papá, pero todos me hablaban de él y sus hazañas contra el ejército federal, mediante emboscadas y en campo abierto. Su valentía se hizo legendaria en toda la región. Cuando la gente me veía, comentaba: “Amalia es la hija del difunto don Enrique, el martillo de los federales”. Se contaba que los soldados le tenían pánico. Cuando menos se lo esperaban, se les aparecía al grito de “Viva Cristo Rey” y ¡sálvese el que pueda! Unos disparos por aquí y por allá y desaparecía, como si se lo hubiera tragado la tierra.

Mi mamá formaba parte de las brigadas femeninas, que abastecían a los combatientes. Se la veía por todas partes con su canasta en la cabeza vendiendo pan. En la práctica, en muchos casos con el pan llevaba armas y parque para los cristeros. En cualquier momento se desaparecía entre los caseríos de la

periferia y regresaba muy ligera, con la canasta vacía. Dejaba todo bajo las ramas de algunos árboles caídos, adonde llegaban los cristeros para trasladarlo a la montaña.

A mí me tocó ir muchas veces con mi mamá a ver los lugares donde estuvo escondido mi papá con un grupo de seguidores, que durante tres años tuvieron en jaque a los federales. Lo chistoso del caso es que mi mamá conseguía las armas de la esposa de un oficial del ejército. Y todo gratis. No sé si también ella formaba parte de la resistencia o lo hacía así nomás, para apoyar la causa.

Es que entonces nadie sabía quién formaba parte de las brigadas y quién simplemente simpatizaba por la causa. Todo se hacía en secreto. Uno conocía solamente a dos o tres personas, que formaban parte de la propia brigada, más el enlace con el mando superior, y nada más. En algunos casos una muchacha no sabía que su hermana también formaba parte de otra brigada femenina. De esta manera, cuando alguien caía en manos del ejército o de la policía, no podía dar mayor información de la que conocía, que era muy limitada.

De hecho, de vez en cuando alguien caía en las manos de la policía o del ejército, por sospechas, delación, por haber sido encontrados in fraganti, fabricando bombas o llevando municiones, o también por estar muy apegados a la fe. Los torturaban para que les proporcionaran alguna información o renegaran de la fe y los mataban. En un caso, por ejemplo, por odio a la fe católica, agarraron a un niño muy devoto y trataron de hacerlo renegar de su fe. Al ver su resistencia, le rebanaron la planta de los pies y lo obligaron a caminar de esa manera. Cuando vieron que el niño no cedía, les dieron de culatazos con los rifles hasta que murió, perdonando a sus verdugos y orando por su conversión.

Pues bien, yo viví toda mi infancia y adolescencia a la luz de estos ejemplos de fe y entrega a Dios, soñando siempre con el martirio. “¡Cómo me gustaría morir por Cristo!”, me repetía continuamente. No solamente yo pensaba así. Muchísimos compañeros de catecismo pensaban lo mismo. Al escuchar el relato del heroísmo de los papás y de tantos parientes y paisanos que habían sufrido o dado la vida por defender su fe, todos soñábamos con lo mismo: morir por Cristo y su Iglesia, en medio de los más grandes tormentos.

Para nosotros la misa dominical y el rezo diario del santo rosario eran ley. Todas las noches, antes de acostarnos, rezába-

mos el santo rosario de rodillas, un rosario que nunca se acababa, porque mi mamá le añadía un montón de intenciones: por el papa, por los obispos, por los sacerdotes, por la paz mundial, por el aumento de las vocaciones, por los pobres pecadores, por los gobernantes, por la libertad de la Iglesia, etc. A cada intención seguía una breve explicación, que a veces se alargaba porque aprovechaba para darnos consejos prácticos y despertarnos del sueño, y el rezo de un padrenuestro, un ave María y un gloria al Padre.

Otra cosa importante: a nadie se le ocurría desobedecer por ningún motivo una orden del señor cura. Si el cura decía que una cosa era blanca, es que era blanca, aunque los ojos dijeran lo contrario. Era más fácil pensar que uno anduviera mal de la vista que sospechar que el señor cura se equivocara o mintiera. La palabra del cura era algo definitivo en los asuntos de la fe y en muchos aspectos de la vida.

Hasta para casarse, cuando surgía alguna dificultad, se acudía al señor cura y el decía cómo resolver el problema. Si un muchacho no sabía cómo vencer la resistencia de los papás de la muchacha, acudía al señor cura y éste, cuando se daba cuenta de que el matrimonio era viable, iba a la casa de los papás de la muchacha. Al verlo, los papás de la muchacha inmediatamente entendían que ya no había nada que hacer. Su única respuesta era: “Sí, señor cura; vamos a hacer cómo usted ordene” y todo arreglado.

En la familia, en la calle y en la escuela a nadie se le ocurría decir ni una palabra contra la religión o insinuar algo que pudiera poner en tela de juicio los dictados de la fe ni mucho menos negar alguna verdad, enseñada por la Iglesia. En mi pueblo todos éramos católicos de hueso colorado, dispuestos a dar la vida por la fe. Cuando alguien hablaba de los protestantes, que negaban tal o cual verdad de la Iglesia Católica, me horrorizaba, como si se tratara del demonio en persona, que quisiera hacer daño a los verdaderos creyentes.

Para mí y la gente que me rodeaba, hablar de Lutero era como hablar de un nuevo Judas, que, por intereses personales y posiblemente por motivos pasionales, había dado las espaldas a la Iglesia, abandonado sus votos y casándose con una monja. Mejor guardarse de esa gente peligrosa, evitando cualquier contacto con ella para no mancharse. Recuerdo que, antes de salir de mi pueblo para ir a la capital del estado para estudiar

la Normal, en una sola ocasión vi a un protestante durante las fiestas patrias. La gente lo señalaba, diciendo: “Es un protestante”, como para decir: “Peligro: no se le acerquen”. De hecho, nunca me le acerqué demasiado. Solamente traté de escuchar su voz, para ver si hablaba como nosotros y prácticamente no le encontré nada raro.

Con estas ideas pasé toda mi infancia y juventud, muy apegada a la Iglesia y muy comprometida. Desde mi primera comunión me integré a la Acción Católica, ocupando diferentes cargos de responsabilidad y ganando muchas distinciones a nivel parroquial y diocesano. Participé en muchas competencias como catequista o miembro de la asociación y logré quedar siempre en los primeros lugares. Mi párroco y toda la gente de mi pueblo me consideraban como una de las más grandes promesas de mi pueblo. Con el pasar de los años empecé a brillar por luz propia y no solamente por ser “la hija del difunto don Enrique, el martillo de los federales”.

## Capítulo 2

### ECUMENISMO INGENUO

Una vez graduada como maestra de primaria, empecé a trabajar en mi pueblo y unos años después me casé con Andrés, de mi misma edad, maestro como yo y compañero de curso durante toda la Normal. Los dos teníamos los mismos ideales; así que nuestro matrimonio desde un principio resultó todo un éxito. Muchos papás nos envidiaban y nos presentaban como ejemplo para sus hijos. “Fíjense con quién se van a casar - decían -. Que sea alguien timorato de Dios y apegado al trabajo y al hogar, como el maestro Andrés o la maestra Amalia”.

Naturalmente yo seguí con mi catequesis y mi Acción Católica, como siempre. No como pasa con tantas muchachas, que antes de casarse, están muy apegadas a la Iglesia y después se olvidan con el pretexto de las obligaciones del hogar. En mi caso no fue así. Aunque tuviera que atender a mi esposo y a mis hijos, me las ingeniaba para cumplir siempre con mis compromisos como catequista y miembro de la Acción Católica y para no perderme ningún curso de formación a nivel diocesano o nacional.

De hecho, pronto el señor obispo y los dirigentes de la Acción Católica empezaron a fijarse en mí, dándome encomiendas cada vez más importantes. Por lo menos dos o tres veces al año salía de mi estado para cursos de formación, encuentros o congresos, representando a mi diócesis. Imagínese, padre, que en una ocasión fui enviada hasta Roma, para un encuentro internacional sobre el papel de la mujer en la Iglesia. Fueron años estupendos, mientras mis hijos crecían y se afianzaba siempre más mi matrimonio. En realidad, desde un principio entre Andrés y yo hubo siempre la más completa confianza.

Hasta que llegó el Concilio y las cosas empezaron a cambiar. Recuerdo con cuánto entusiasmo lo habíamos esperado, soñando con la “Iglesia de los Pobres” y el Nuevo Pentecostés del Papa Juan XXIII, que iban a inaugurar una nueva primavera para la Iglesia. Con qué satisfacción íbamos enterándonos por el periódico diocesano de los cambios que se iban a realizar en el campo de la liturgia y del apostolado de los laicos.

Pero pronto todo empezó a enfriarse con la aparición de un fantasma, que nadie sabía como definir: el ecumenismo. Se

empezó a hablar de “hermanos separados” en lugar de herejes, de diálogo y comprensión en lugar de cuidado y rechazo, de acogida... Sinceramente todo esto nos desconcertó. Pronto los sacerdotes empezaron a tacharnos de retrógrados y fanáticos, ridiculizando muchas de nuestras costumbres y actitudes y enalteciendo los valores y la manera de ser de los de afuera. Empezaron a pintarnos como los malos de la película, a nosotros que habíamos luchado por defender nuestra fe y estábamos dispuestos a dar la vida por ella. De un momento a otro, quién sabe porqué, los herederos de los mártires nos volvíamos en villanos y atrasados.

Por aquel entonces ya diferentes grupos no católicos estaban presentes y muy activos en nuestra región. Muchos de sus integrantes eran los herederos de nuestros antiguos perseguidores y en los nuevos credos encontraban un pretexto para justificar las fechorías de sus padres y al mismo tiempo un motivo para seguir atacándonos. Pues bien, de un momento a otro, sin ninguna explicación, resultaba que ellos no eran como pensábamos, es decir, enemigos de nuestra fe, sino hermanos que teníamos que acoger y escuchar, buena gente, en muchos casos mejores y más entregados que nosotros, un ejemplo a imitar.

¿Y sus ataques contra la Eucaristía, la Virgen y los santos? ¿Y su afán iconoclasta contra todo lo católico? Parecía que el clero no estaba enterado de nada, como si viviera en otro planeta. En una ocasión, el mismo obispo fue a inaugurar un templo evangélico, enalteciendo los valores presentes en otras confesiones religiosas, como si nosotros como católicos necesitáramos de su ayuda para poder ser verdaderos discípulos de Cristo.

Cada año, durante el octavario por la unidad de los cristianos que se lleva a cabo del 18 al 25 de enero, me tocó acompañar al obispo en su visita a los templos evangélicos. ¡Qué santa ingenuidad! Llegaba, saludaba al pastor y a los principales de la comunidad, rezaba un padre nuestro y ya. Mientras ellos se ufanaban por dar al acontecimiento el máxima realce. Sacaban fotos por todos lados, cantaban himnos muy bien ensayados, lucían las mejores prendas... Hacían todo lo posible para impacarnos. No digamos el discurso del pastor, que por lo general era una verdadera pieza oratoria, comentando algún texto bíblico.

Aparte de esto, cada uno trataba de abordar a algún católico desprevenido, ofreciéndole algún tipo de propaganda y pidiéndole su dirección para dar continuidad al evento. Y así

muchos católicos fueron cayendo en las redes de los grupos proselitistas por la actitud irresponsable de sus pastores y bajo sus mismas narices. Seguido se veían a los miembros de los grupos proselitistas ir de casa en casa, enseñando a los católicos una fotografía del obispo, mientras saludaba a sus pastores o rezaba en sus templos.

Le decían a la gente:

- ¿Por qué no vienen a nuestro templo a orar con nosotros? Si son verdaderos católicos, ¿por qué no imitan el ejemplo de su obispo? ¿Por qué nos tienen miedo?

- El obispo sabe que nosotros somos mejores. Por eso seguido viene a nuestro templo para orar con nosotros y escuchar la predicación que hace nuestro pastor, totalmente de acuerdo con la Biblia, lo contrario de lo que pasa en los templos católicos, donde hay puros rezos y adoración de ídolos.

- El obispo se está dando cuenta de que nosotros tenemos la verdad. Verán que pronto dejará la Iglesia Católica y se hará evangélico como nosotros.

Y con eso sembraban el desconcierto entre los fieles, que empezaban a dudar acerca de la validez de su pasado religioso, considerado por los mismos pastores de la Iglesia como fanatismo. No era raro escuchar a un cura invitar a los católicos a no cerrar la puerta a los que tenían otras creencias.

- No sean maleducados - les decían -. Recíbanlos, dialoguen con ellos, acepten sus revistas, léanlas. Verán que no hay nada malo. En el fondo, hablan de Dios, del mismo Dios que tenemos nosotros, aunque ellos tengan otra manera de honrarlo. Ábranse y dejen de ser cerrados.

Hubo algún caso (no en mi diócesis sino en una diócesis del sur de México), en que el párroco prestaba a los evangélicos las instalaciones parroquiales para sus campañas. A los que se quejaban por el hecho que muchos católicos se estaban cambiando de religión a raíz de esta propaganda, el párroco les contestaba:

- ¿No se dan cuenta de que es lo mismo? ¿No ven cómo el Papa se lleva con los que son de otra religión? ¿Nunca oyeron hablar del ecumenismo? Ecumenismo: todo es lo mismo. Dejen la mentalidad cerrada de antes y sean más abiertos y comprensivos. ¿Dónde está el amor hacia el prójimo?

¡Pobres feligreses católicos, aventados por sus mismos pastores en las fauces de los lobos rapaces! Créame, padre: todo esto fue para mí, mi familia y tanta gente más un verda-

dero martirio. Mi mamá no aguantó. Pronto sus ojos empezaron a perder su brillo y a empañarse por el tormento de la duda. Se volvió intratable y se encerró en sí misma, hasta que poco a poco se fue apagando.

Mi esposo se volvió en la burla de sus colegas, por su apego a la religión católica. Yo aguanté hasta que pude, con tal de no contradecir a mis guías espirituales, que eran el obispo, el párroco y los curas encargados de la catequesis. Por fin tomamos una decisión: cambiar de lugar, aprovechando el hecho que el hijo mayor había ganado una beca, que lo obligaba a cambiar de estado. Así dejamos nuestra tierra para empezar una vida nueva en un lugar lejano, donde nadie nos conocía.

Pero antes de irnos, tuve una enorme satisfacción: el obispo, al despedirse de la diócesis por motivo de edad, reunió al clero, a las religiosas y a los laicos más comprometidos y reconoció públicamente de haberse equivocado al haberse precipitado en algunas iniciativas en campo ecuménico, sin medir ni sospechar las posibles consecuencias.

En concreto, se refirió a las visitas que había hecho a los templos evangélicos y el mal uso que de éstas se había hecho de parte de sus pastores y feligreses a daño del pueblo católico. Pidió perdón a todos por no haber sabido ser un buen pastor y haber causado tantos destrozos en la Iglesia con su actitud ingenua e irresponsable. Concluyó, invitando a los presbíteros a ser más precavidos en adelante y a desistir de toda iniciativa, que, en lugar de ayudar, pudiera perjudicar seriamente el futuro de la Iglesia.

De todos modos, ya todo estaba decidido. Así que dejamos nuestro pueblo y nos venimos a vivir aquí en las afueras de esta enorme ciudad, en un ambiente totalmente diferente, con una presencia de los grupos proselitistas bastante consistente y mucho indiferentismo religioso. Fíjese, padre, que nuestra parroquia en aquel tiempo contaba con más de cincuenta mil habitantes, atendidos por un solo sacerdote. Qué diferencia con la parroquia de nuestro pueblo, que contaba con diez mil habitantes, atendidos por tres sacerdotes.

Ante una realidad tan espeluznante para nosotros, que estábamos acostumbrados a vivir siempre a la sombra del campanario y bajo la constante protección del señor cura, no hubo otro remedio que entrarle otra vez al quite, como se dice vulgarmente. Todos nuestros planes para descansar y desintoxicarnos

espiritualmente, dejando a un lado la problemática religiosa, aunque fuera por un corto plazo, se fueron para abajo y pronto nos organizamos para construir una parroquia en nuestra colonia, la que usted acaba de visitar. Naturalmente mi esposo y una servidora fuimos los que más le echamos el hombro.

Con eso volvimos a oxigenarnos espiritualmente, lejos de cualquier responsabilidad a nivel parroquial o diocesano. Regresamos a la vida de antes, con nuestros rezos diarios, la misa y la comunión dominical y la confesión mensual. Otra vez empezamos a respirar a pleno pulmón., sin problemas de ninguna especie.

Hasta que se inauguró la nueva parroquia y llegó el párroco. Y otra vez empezaron los problemas.

## Capítulo 3

### LA HACIENDA DEL GRAN REY

Lo primero que hizo el párroco, fue hablarnos de la Gran Misión, una iniciativa que sin duda iba a resolver de raíz el problema de la evangelización de los católicos alejados. En un encuentro diocesano nos iban a explicar los pormenores. Y precisamente yo fui elegida para participar en dicho encuentro, no obstante todas mis reticencias. Ni modo. No me quedaba que obedecer. Otra vez empezó mi martirio, como oveja llevada al matadero sin poder oponer resistencia alguna.

El vicario de pastoral presentó la primera ponencia, haciendo un análisis de la situación en que se encontraba la Iglesia, totalmente imposibilitada para llevar adelante la misión evangelizadora, que le fue encomendada por el Fundador. ¿Qué hacer entonces? Unir fuerzas trabajando juntamente con los “hermanos separados”. Concluyó su intervención con la siguiente perorata, que a mí me pareció totalmente absurda, una verdadera locura:

- Basta de divisiones entre una Iglesia y otra, entre un credo y otro, dando al mundo un triste espectáculo de rivalidades innecesarias, que hoy en día no tienen sentido. Basta de dogmatismos. Que ya no sea la Iglesia Católica, la Iglesia Anglicana o la Iglesia Protestante, que anuncie el Evangelio. Que sea la Iglesia de Cristo, de la cual todos formamos parte de manera complementaria.

Al escuchar esto, se me hirvió la sangre en las venas. Tenía ganas de gritar, rebelarme y correr. Pero me aguanté. Le pedí a Dios que me ayudara a entender qué era lo que estaba pasando. Esperaba alguna protesta o aclaración de parte de algún cura o del obispo y nada. Empecé a temblar. Alguien se dio cuenta y llamó a una enfermera que me llevó a un cuarto contiguo y me midió la presión, que estaba muy alta. Me dio una pastilla y regresé al salón de conferencias.

Posiblemente exageró la dosis, por lo cual se me nubló la vista, sentí un enorme cansancio y me dormí. Al despertar, me entregaron un panfleto en que se explicaba el proyecto de la Gran Misión. Recuerdo que, cuando mis hijos mayores lo leyeron, les dio un ataque de risa:

- ¿Qué pasó con nuestros curas? - comentaron - ¿En qué

planeta viven?

Insistieron en que dejara de asistir a este tipo de reuniones y tratara de no volver a involucrarme demasiado en los asuntos de la Iglesia.

- Ya vio lo que le pasó la otra vez. ¿Qué quiere ahora? ¿Qué le pase algo peor? ¿Quiere que le dé un infarto? Deje todo por la paz. No se meta en estos asuntos de ecumenismo, que lo están revolviendo todo. Esto será para Europa o Estados Unidos, no para aquí, donde nuestros dichosos “hermanos separados” nos quieren tragar a todos. Es un asunto que tiene que ver con las iglesias históricas y no con las organizaciones proselitistas, que trabajan aquí para acabar con nuestra Iglesia. ¿No entienden nuestros curas que no puede haber ecumenismo con los que practican el más descarado proselitismo religioso? ¿No entienden que el ecumenismo y el proselitismo son como el agua y el aceite y por lo tanto no puede haber ecumenismo donde hay proselitismo? ¿En qué mundo viven nuestros curas?

Mi esposo pensaba lo mismo y me rogó que les hiciera caso, puesto que estaba de por medio mi salud y la paz del hogar. Pero no. La fuerza de la costumbre me venció. Fui al señor cura, le llevé el panfleto y le expuse mis dudas acerca de la viabilidad de tal proyecto. El señor cura abrigaba las mismas dudas:

- Ni modo - concluyó -. ¿Qué le podemos hacer? Órdenes son órdenes. Alguien de nuestra parroquia tiene que participar en la capacitación que se va a dar en La Hacienda del Gran Rey. Qué mejor que vaya usted, que ya tiene alguna experiencia al respecto. No quiero que vaya algún novato, que, al no entender bien las cosas, se haga bola y lo eche a perder todo.

Acepté. No me quedaba otra, aunque por esta actitud de parte mía poco a poco se fue enfriando la relación con mi esposo y mis hijos mayores, que por la experiencia pasada estaban bien conscientes de la gravedad del problema en que me estaba metiendo una vez más. Preferimos no tocar el tema religioso en nuestras conversaciones. Y yo, tonta, por el apego a mi fe poco a poco me fui hundiendo en la duda y la desesperación, sin que nadie me diera una mano para sostenerme.

Recuerdo el primer encuentro que tuvimos en el arzobispado los delegados de las distintas parroquias. Esta vez nos habló el encargado del ecumenismo:

- Por favor - insistió -, tengan paciencia, mucha paciencia. Allá se encontrarán con gente que no comparte totalmente nuestra fe. No discutan si algo no les parece. Aguanten. Son

gente fervorosa, que tiene mucha experiencia acerca de cómo anunciar el Evangelio a los que no lo conocen, como son la mayoría de los católicos. Ellos nos pueden ayudar a despertar a este gigante adormecido que es el pueblo católico. Fijémonos en esto por el momento; después se verán los detalles. Por el momento vayamos a lo esencial, que es el kerigma. Que todos sepan y entiendan que Dios nos ama y que en Cristo está la salvación. Todo lo demás viene después: la Iglesia, la Eucaristía, la Virgen, los sacramentos, etc. Primero lo primero; después lo demás. ¿Me expliqué?

De inmediato levantaron la mano algunos delegados, que después me di cuenta que eran miembros de la misma comisión ecuménica diocesana. Posiblemente ya estaban de acuerdo entre ellos.

El primero habló de la importancia del amor en la vida cristiana:

- Como dijo Jesús, tenemos que amar a todos, hasta a los enemigos, a los que nos odian y hablan mal de nosotros. Si nos amamos solamente entre nosotros los católicos, ¿qué mérito tenemos?

Otro recalcó lo mismo con otras palabras y añadió:

- Dejémonos guiar por los que tienen la misión de guiarnos. ¿Acaso nosotros pretendemos meternos de maestros para nuestros pastores? Acuérdense: el que obedece nunca falla.

Otro insistió en la importancia de estar al día y dejar atrás siglos de oscuridad y malentendidos:

- ¿Entendieron? - concluyó - El nuevo verbo, que hoy en día resume la esencia de nuestro ser cristiano, es el ecumenismo. Si practicamos el ecumenismo siempre y con todos, ya la hicimos. Nada de pleitos para ver quién tiene la verdad. Nadie tiene la verdad absoluta. Todos tenemos parte de la verdad. Cada uno ve las cosas desde su punto de vista. Por lo tanto, dejemos a un lado el problema de la verdad y enfoquémonos a la práctica del amor, un amor sin condiciones, dispuestos a sufrir hasta el infierno con tal de que triunfe el amor y nuestros hermanos alejados conozcan y amen a Cristo.

Muchos aplaudieron, mientras otros quedamos más desconcertados que nunca. En el intervalo, mientras tomábamos el café, me acerqué a un grupo de delegados, que no estaban conformes y se veían bastantes irritados. Entre ellos había un ex seminarista, que había estudiado hasta teología. Estaba sumamente enojado:

- Todo lo que acabamos de escuchar, contradice totalmente el dato bíblico y la historia bimilenaria de la Iglesia. ¿Cómo que “todos tenemos parte de la verdad” y que “todas las iglesias constituyen la única Iglesia de Cristo en manera complementaria”? Yo sencillamente me retiro. Digan lo que quieran, pero mi conciencia no me permite ni siquiera escuchar este tipo de patrañas.

Y se retiró. Lo mismo hicieron todos los del grupo. Yo tuve un momento de incertidumbre. Estaba por seguir su ejemplo, pero me detuve. El sentido de responsabilidad y el reclamo de la obediencia no me permitieron dar el paso. Ojalá lo hubiera hecho. Me hubiera ahorrado tantos sufrimientos inútiles en el futuro.

Así que, al toque de la campana, volvimos al salón de conferencias y el mismo obispo presentó al Pastor James, “un hombre de toda confianza, completamente entregado a la causa del Evangelio, con dotes excepcionales de predicador y organizador, pieza fundamental para la realización de la Gran Misión”. Exhortó a todos a ser muy cuidadosos en acatar sus orientaciones, puesto que de eso iba a depender esencialmente el éxito de la misión.

A continuación tomó la palabra el Pastor James, con barba, güero, alto, bien fornido, con un castellano casi perfecto y dotado del don de gentes. Su mirada y sus gestos no dejaban lugar a duda: era un verdadero líder. Al solo verlo, todo el auditorio quedó prendado. Se hizo un silencio de tumba y empezó:

- Hace poco heredé un patrimonio considerable de parte de algunos parientes lejanos. ¿Qué hacer? Me puse en oración y me llegó la respuesta del cielo. El Señor Jesús me dijo: “Quiero que consigas una hacienda cerca de la ciudad y la consagres a mi nombre. En ella yo voy a realizar prodigios y milagros. Se llamará “La Hacienda del Gran Rey”. Y pronto experimenté en mi persona el primer milagro: en lugar de sentir un profundo rechazo hacia la Iglesia Católica, a causa de los prejuicios que me infundieron desde la niñez, empecé a sentir hacia ella un profundo amor y respeto. “¿Por qué, en lugar de criticarla - pensé -, no hago algo para ayudarla?” Y de inmediato corrí a ver al señor obispo, un auténtico apóstol de Jesucristo y totalmente abierto a la voz del Espíritu, le conté lo sucedido y juntos formulamos el proyecto de la Gran Misión o Mega Campaña Evangelizadora.

Sinceramente, al solo ver al Pastor James y escucharlo mientras hablaba quedé hechizada. Un nuevo panorama se abría

delante de mis ojos: campos y campos de mies, listos para la cosecha. Es cierto, detrás de mí, escuché una voz que dijo: “¡Qué casualidad!”. Pero no le hice caso. Es que me encontraba totalmente extasiada al contemplar al Pastor James, mientras hablaba con tanta unción y fijaba en nuestros ojos su mirada escrutadora. Parecía un ángel bajado del cielo. Con su sola presencia el encuentro adquirió un tono completamente nuevo, más espiritual y, diría yo, místico. Todos teníamos la impresión de estar flotando en un mundo etéreo, nunca imaginado.

Después pasó a darnos el testimonio de su vida de una manera altamente emotiva. Hasta el obispo derramó lágrimas al constatar la eficacia de la acción del Espíritu Santo en sus elegidos. Yo por poco me desmayaba, aunque me daba cuenta de que entre los presentes no faltaban algunos escépticos. Por desgracia no les hice caso, atribuyendo su actitud a la dureza del corazón. El Pastor James terminó su intervención, invitando a todos los presentes a levantarse y aceptar a Cristo como el único Salvador y Señor de nuestra vida. Y nosotros, como bobos, obedeciéndole en todo. Parecíamos como hipnotizados.

La tarde, después de la comida, nos llevó a visitar La Hacienda del Gran Rey, que para la gran mayoría de los delegados representó el tiro de gracia. Allá nos recibió un coro de unas cincuenta personas, que nos alegraron con himnos y cánticos espirituales. Nunca habíamos tenido la oportunidad de disfrutar de algo tan sabroso, mientras se alternaban los cantos con los testimonios. Como conclusión del encuentro, hubo una oración de efusión del Espíritu Santo, presidida por el mismo Pastor James. Muchos se desmayaron. Nunca en mi vida había experimentado algo parecido.

Al final nos despedimos, todos eufóricos, convencidos de que un nuevo capítulo se estaba abriendo en la historia de la Iglesia, trabajando codo a codo católicos y hermanos separados, bajo el signo del Espíritu y a la insignia del Evangelio, sepultando de esa manera siglos de incomprensión, frialdad espiritual y esterilidad apostólica.

## Capítulo 4

### CRISIS FAMILIAR

Al día siguiente la prensa, la televisión y la radio no hablaban que del gran acontecimiento, que sin duda iba tener enormes repercusiones en todos los ámbitos de la sociedad. En todos los medios aparecían juntos el obispo y el Pastor James, dando entrevistas y explicando los pormenores de La Gran Misión o Mega Campaña Evangelizadora, en la que todas las iglesias estaban comprometidas. Su objetivo era “hacer un frente común contra la corrupción, la violencia y el deterioro de las costumbres y al mismo tiempo ofrecer a la sociedad un ejemplo concreto acerca de la manera más correcta de resolver los múltiples problemas que la aquejan, mediante el diálogo y la concertación y no mediante la confrontación, el encono o la mutua descalificación; y todo esto, a la luz del Evangelio”.

Fue tan grande el impacto que este hecho causó en toda la sociedad, que el factor religioso, de un momento a otro y de una manera inesperada, volvió a ocupar dentro de la sociedad un espacio que no había ocupado desde hacía siglos. Poco a poco la palabra del obispo iba adquiriendo un peso decisivo en orden a la búsqueda de soluciones en todos los ámbitos de la sociedad, incluyendo el ámbito político. Sus homilias dominicales se volvieron en uno de los acontecimientos más esperados en el quehacer estatal. Cuando se presentaban situaciones realmente difíciles entre un partido y otro, los sindicatos y las empresas o el gobernador y el congreso, todos esperaban, como un oráculo, la palabra del señor obispo, un verdadero hombre de Dios y un árbitro confiable, más allá de las partes y de insospechada solvencia moral.

Desgraciadamente (y esto lo entiendo ahora que todo pasó y estoy en mejor condiciones de evaluar las cosas), el obispo juntamente con sus colaboradores más allegados pronto se dejó absorber por los asuntos profanos, olvidándose casi por completo de La Gran Misión. Según él, con el Pastor James la diócesis se había ganado la lotería, puesto que, contando con los fondos necesarios, una gran experiencia y capacidad organizativa, pronto todo el pueblo católico recibiría el anuncio del Evangelio, en la manera más eficaz y adecuada posible y sin perjudicar mínimamente el erario eclesiástico, por cierto muy exiguo.

¡Santa ingenuidad! Ni sospechaba mínimamente lo que le iba a pasar, es decir, que poco a poco el Pastor James le iba a quitar los mejores elementos con que contaba la diócesis para evangelizar. De hecho los delegados, mano a mano que iban familiarizándose con el Pastor James, se iban acostumbrando a su manera propia de ver y manejar los asuntos de la fe, sin que nadie interviniera. De hecho, los presbíteros encargados de impartir enseñanza en La Hacienda del Gran Rey poco a poco se fueron escabullendo con el pretexto del exceso de trabajo, igual que los demás pastores, que al principio habían acudido al llamado del obispo y el Pastor James y después se retiraron al sospechar algo turbio en todo el asunto. Y así, sin que nadie se diera cuenta, poco a poco el Pastor James se volvió en el dueño absoluto de nuestras conciencias.

No solamente lo encontrábamos en La Hacienda del Gran Rey el día domingo para la capacitación. También durante la semana, cuando menos lo esperábamos, se presentaba en nuestros hogares, trayéndonos casi siempre algún regalo. Ahora que me doy cuenta, me avergüenzo de mí misma por haber sido tan ingenua. De hecho, llegaba casi siempre a los hogares de las delegadas y casi nunca a los hogares de los delegados; además llegaba siempre cuando nos encontrábamos solas (quien sabe cómo se enteraba de este detalle). Y no le digo cómo nos trataba. A todas nos llamaba “princesas” o “reinas”. Nos hacía sentir muy bien, usando todo tipo de galantería. Según él, lo hacía para inspirarnos más confianza y así tener más oportunidad de dirigirnos espiritualmente. De todos modos, su manera tan rara de comportarse con nosotras no dejó de despertar serias sospechas acerca de sus reales intenciones.

Yo, por ejemplo, completamente inexperta en este tipo de coqueteo, pronto me enamoré perdidamente de él y, aunque tratara de ocultarlo, no lo logré. Después supe que lo mismo les pasó a otras delegadas, lo que causó muchos problemas en nuestros hogares. Yo me imaginaba que solamente las mujeres nos damos cuenta cuando los hombres andan por mal camino. En esta circunstancia me di cuenta de que lo mismo pasa con los hombres. También ellos por detalles insignificantes perciben cuando una relación ya no es la misma.

Mi marido, por ejemplo (y eso lo supe después, cuando empeoró la situación y tuvimos que enfrentar la realidad a cartas descubiertas), se fijó en el brillo de mis ojos, que cambiaba de inmediato cuando hablaba del Pastor James. Bastó

este detalle para empezar a sospechar algo. Después se enteró de que seguido llegaba a la casa en su ausencia. Conclusión: mi marido y mis hijos mayores decidieron alejarse de la casa, buscando cualquier pretexto. Mis hijos mayores apresuraron su casamiento y mi esposo, con la excusa de la enfermedad de su madre, se jubiló y regresó a su pueblo a vivir en la casa paterna. Y yo, tonta como siempre, no me daba cuenta de que mi hogar se iba desmoronando.

Al contrario, veía todo esto como una providencia de Dios, puesto que así podía dedicarme más a los asuntos de la evangelización. Por lo menos esto era lo que quería aparentar, mientras dentro me quemaba la pasión por el Pastor James. Quería verlo continuamente, saludarlo y escuchar su voz mientras me decía “mi princesa”. Esperaba algo más. Pero nada. El Pastor James era un verdadero mago en el arte de enamorar y dejar. Después me di cuenta de que lo mismo les pasó a otras mujeres. Y fíjese: siempre se trataba de mujeres casadas. Primero nos atrapaba y después nos hacía sufrir con sus descuidos y desprecios o provocando celos entre unas y otras. Y todo esto al amparo de la Palabra de Dios.

Nunca supimos si el Pastor James era casado o no, tuviera hijos, fuera soltero o gay. Su manera de ser era realmente rara. Con la misma galantería con que trataba a las mujeres, trataba también a los muchachos. En distintas ocasiones los invitaba a ir de paseo con él. Los llevaba a los mejores restaurantes y les regalaba ropa fina, muy costosa. En algún caso, los ayudaba económicamente para continuar con sus estudios. Realmente para mí el Pastor James ha sido y sigue siendo un verdadero misterio: por un lado aparentaba estar totalmente lleno de Dios y por el otro no era difícil descubrir que se trataba de alguien que era sumamente astuto, intrigante y dominador, un verdadero maestro en el arte de manipular los sentimientos, haciéndote sentir un santo y un héroe y poco después un endemoniado y un gusano.

Donde más se notaba su capacidad histriónica y manipuladora, era en su predicación. Una vez que se apoderaba del público, lo llevaba adonde quería y por el camino que quería. Con facilidad lo hacía pasar de un sentimiento a otro, según el caso, haciendo derramar lágrimas, provocando gritos ensordecedores o adormeciendo a todos. Según él, todo era fruto de la acción del Espíritu Santo. Según mi opinión, ahora que ya pasó todo y veo las cosas con más serenidad y mente fría, en todo este asunto el Espíritu Santo no tenía nada que ver. Sencillamente nos encon-

trábamos ante un experimentado hipnotizador y sicólogo, que hacía todo lo posible por impactar y crear dependencia. Lo que buscaba, era que lo consideráramos como un ser sobrenatural, dotado de grandes poderes, sin el cual nuestras vidas perdían todo sentido.

De hecho, cuando el clero se dio cuenta de la trampa, ya era demasiado tarde. La gran mayoría de los delegados y las delegadas no le hizo caso y se quedó con él. ¿Qué había pasado? Que el dichoso Pastor James, una vez seguro de haber logrado un completo control sobre nuestras personas, sacó las uñas, haciendo comparaciones entre lo que sentíamos antes de conocer a él y después, entre la celebración eucarística y el culto dirigido por él, el uso de la Biblia dentro de la Iglesia y el uso que se hacía en La Hacienda del Gran Rey. Antes que el clero pudiera tomar conciencia de la situación que se estaba creando y tratar de poner algún remedio, ya casi nadie participaba en la misa dominical de su parroquia. Muchos pensaban:

- ¿Para qué ir a misa, una vez que asistí al culto en La Hacienda?

Muy pocos reaccionamos ante esta situación. De todos modos, el Pastor James, en lugar de suavizar las cosas ante las protestas de algunos curas con sus delegados, encaró la dosis, acusándonos a nosotros católicos de idólatras y paganos y quitándose de una vez la máscara. ¿Y los ecuménicos a ultranza? Muchos se pasaron con el Pastor James. Otros se quedaron católicos, pero con ideas totalmente distorsionadas sobre aspectos importantes de nuestra fe. ¿Y el obispo? Como si no hubiera pasado nada, siguiendo con sus intervenciones en campo político y social y apareciendo en televisión acompañado de cualquier tipo de gente: atea, católica o de otra religión.

Una vez seguro de sí mismo, el Pastor James lanzó su programa: “Para el año dos mil, dos mil templos” y ahora sí, a trabajar todos. La capacitación ya se acabó.

## Capítulo 4

### SOLA

¿Qué hacer? ¿Seguir al Pastor James o regresar a mi parroquia? No faltaron los ofrecimientos y las amenazas:

- Si usted se decide a dar el gran paso, verá que pronto será pastora.

- ¿Dónde usted experimentó de veras la presencia de Dios: en la Iglesia Católica o aquí con nosotros? Si fue con nosotros, ¿por qué ahora nos quiere dar la espalda? Cuidado: un día el Juez Supremo le va a pedir cuentas.

- Hna. Amalia, ¿no le da pena regresar a la vida de antes? ¿No entendió que la Iglesia Católica es la prostituta del Apocalipsis? ¿Acaso fue todo inútil lo que aprendió con el Pastor James? Piénselo bien.

Confieso que hubo un momento en que mi mente se obnubiló completamente y no supe qué decisión tomar. Pero una vez más venció la fuerza de la costumbre con sus raíces profundamente católicas y resistí.

- Digan lo que digan los demás - pensé -, yo me reintegro a mi parroquia. A ver qué hago.

Y así fue. Regresé a mi parroquia y le conté todo a mi párroco, que hizo el siguiente comentario:

- Me lo imaginaba. Desde un principio sospeché que iba a terminar así esta alianza híbrida entre la Iglesia Católica y el Pastor James. ¿Qué le podemos hacer? Así son las cosas. Ni modo: un descalabro más para la Iglesia. Una vez más, vimos como “los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz” (Lc 16,8 ).

Una vez reintegrada a la vida parroquial, ¿qué hacer? De acuerdo con el párroco, decidí dedicarme a los retiros de conversión. Claro que de esa manera pude aprovechar lo mejor que aprendí del Pastor James, especialmente en el aspecto didáctico, logrando realizar encuentros bastante amenos y atractivos, lo que pronto empezó a despertar algunas suspicacias:

- Lo que doña Amalia está enseñando a nosotros, ¿no será lo mismo que aprendió con el Pastor James? Mucho cuidado. No vayamos a caer en una trampa.

- Que casualidad que ahora doña Amalia haya regresado a la parroquia, mientras todos los demás delegados se hayan

quedado con el Pastor James. En este caso, es preferible ser prudentes y desconfiados.

¡Pobre de mí, rechazada de un lado y de otro! De todos modos, seguí adelante, contando con el apoyo incondicional del párroco, que conocía muy bien mis intenciones y me orientaba espiritualmente, evitando que cayera en una depresión. La misma actividad me ayudó a no replegarme en mí misma y a olvidar poco a poco la experiencia de La Hacienda del Gran Rey. Cada mes tenía un retiro de conversión con gente nueva, que después se iba integrando en algún grupo parroquial o iba formando un grupo nuevo.

Sin embargo, esta situación de relativa paz no duró mucho tiempo. Un día, regresando de la escuela (aún no me había jubilado), me encontré con la novedad que mis dos hijos menores, que ya estaban en la universidad, querían dialogar conmigo acerca de temas religiosos. Accedí de buena gana, imaginándome que se trataba de una respuesta del cielo a mis oraciones y súplicas constantes para su conversión. En realidad, mis hijos menores, a diferencia de los mayores, eran fríos espiritualmente. Posiblemente les afectó la problemática familiar, suscitada por motivos religiosos.

Desgraciadamente no se trataba de eso. El asunto era mucho más serio de lo que me imaginaba. Empezó el más grande:

- Mamá, sabemos que usted conoce bastante la religión católica.

- Bueno. Como saben, desde mi niñez estuve muy apegada a la Iglesia y he tenido muchas oportunidades para prepararme.

- Sin duda, habrá estudiado también la Biblia - siguió el hijo más grande.

- Claro. Cuento con un diplomado en Biblia y además he tenido la oportunidad de impartir algún curso bíblico. Para una vida auténticamente cristiana, la Biblia es fundamental.

- Muy bien. Puesto que está bastante preparada en Biblia, ¿nos puede explicar el asunto de las imágenes? Como usted bien sabe, la Biblia las prohíbe: Éxodo, capítulo 20, versículo 4.

Me sentí perdida. En realidad, nunca había dado importancia a estas objeciones de los hermanos separados. Me habían enseñado que, en lugar de estar peleando con ellos por detalles insignificantes, era mucho mejor fijarse en lo bueno que tenían.

- Bueno - contesté -; estas son las ideas de los hermanos separados, pero nosotros tenemos otra manera de ver las cosas.

- Aquí se trata de Biblia y no de maneras diferentes de ver las cosas. ¿Acaso para los católicos no vale la Biblia?

Por el tono de la voz y la convicción que manifestaban en su manera de presentar el asunto, me di cuenta de que se trataba de algo serio. Les pregunté cómo se habían dado cuenta de todo eso:

- El Pastor James nos ha ido abriendo los ojos poco a poco.

Así me enteré que, durante mi ausencia, visitaba a mis hijos y les enseñaba la Biblia a su modo, poniéndolos en contra de mí. De hecho, pronto me sacaron el asunto de la virginidad de María, del bautismo de los niños y muchos ataques más contra la fe católica. No sabiendo qué contestar, les pedí que me dieran un tiempo para investigar. Fui al párroco y nada; fui a un maestro de seminario y nada; fui al encargado del ecumenismo, le expuse el caso y recibí un tremendo regaño:

- ¿Qué es esa tontería de discutir sobre asuntos de religión? Si sus hijos se quieren cambiar de religión, que se cambien. Cada quien es libre de escoger la religión que más le convenga. Me extraña que usted, siendo una persona tan preparada, se salga con esas tonterías.

- No se trata de tonterías. ¿Acaso yo no tengo derecho a que mis pastores me orienten en el campo de la fe? Ahora bien, pedí ayuda al párroco y no me dio ninguna respuesta; fui con un maestro de seminario y me contestó que él maneja el ecumenismo y no la apologética, puesto que la apologética ya pasó de moda; vengo con usted y me regaña. ¿Se puede saber si la Iglesia Católica tiene o no tiene una respuesta a los ataques, que nos hacen las sectas?

Esta vez el encargado del ecumenismo se puso furioso:

- ¿Qué es eso de llamar sectas a nuestros hermanos separados? ¿Le gustaría a usted que llamaran “secta” a la Iglesia Católica?

- Es que existe una enorme diferencia entre la Iglesia Católica, que viene desde Cristo, y todas las demás agrupaciones que surgieron después, como la del Pastor James.

- Es lo mismo. En realidad, todos buscamos al mismo Dios y todos podemos alcanzar la salvación en cualquier religión. ¿No entiende usted que nadie tiene el monopolio de la salvación? Se ve que usted está muy atrasada. No se da cuenta de los últimos documentos de la Iglesia. Todavía anda con las cruzadas y el

Concilio de Trento. Quiero que sepa de una vez que no cuenta conmigo.

Y me dejó plantada. Al verme tan deprimida y sin una respuesta concreta, mis hijos me tuvieron lástima y me hablaron con toda franqueza:

- Mamá, ya basta. ¿Aún no se da cuenta de que los curas la están engañando, aprovechándose de su buena fe? Deje de una vez la Iglesia Católica y venga con nosotros.

Ahí me di cuenta de que ya lo había perdido todo: esposo e hijos, quedándome totalmente sola. Me refugié en la oración y el apostolado de los retiros espirituales. Notaba la euforia de mis hijos y no tenía el ánimo, el valor o la capacidad de dialogar con ellos. Me di cuenta de que me estaba pasando lo mismo que anteriormente les había pasado a mi marido y a mis hijos, es decir, sentirme excluida, ignorante y del montón. Es que el fanatismo religioso es algo tremendo. Cuando uno cae en esto, es difícil poder sacarlo. Se vuelve totalmente ciego y no hay razón que valga.

Imagínese usted, padre, qué triste fue para mí vivir con mis hijos bajo el mismo techo, sin poder compartir lo más profundo de nuestro ser, que es la fe, aquella fe que yo les había comunicado desde su más tierna edad. Después vinieron los problemas religiosos y todo se fue evaporando. Nuestras relaciones se fueron haciendo siempre más superficiales: yo con mis cosas y ellos con las suyas, yo una pobre pecadora y ellos los santos y elegidos, los que iban a transformar el mundo con la luz del Evangelio.

A veces buscaban cualquier pretexto para apartarse de mí, manifestando hacia mi persona el más profundo desprecio, según ellos, por mi terquedad al rehusarme a dar el paso definitivo hacia Cristo y su enviado, el Pastor James. En una ocasión me lo dijeron claramente:

- Mamá, ya es tiempo de tomar una decisión: o se convierte o tenemos que separarnos definitivamente. Ya no podemos estar juntos agua dulce y agua salada.

Y desde entonces empezamos a comer en mesas diferentes: una para ellos y otra para mí. Ellos los puros, los santos y los elegidos, y yo una pobre pecadora, maldita por Dios y merecedora del castigo eterno. De esa manera la situación se volvió totalmente insostenible, hasta que los dos abandonaron la casa y cada uno fue formando su hogar. Uno se dedicó a su profesión como ingeniero civil y el otro se entregó totalmente a la causa del Pastor James, como misionero de La Hacienda del Gran Rey.

Y yo solita en la casa, dedicada completamente a la oración y al apostolado de los retiros espirituales. De vez en cuando me visitaban mis hijos mayores con las nueras y los nietos. Trataban de consolarme, invitándome a no sentirme culpable por todo lo que había pasado. En alguna ocasión fui a mi pueblo para ver si era posible una reconciliación con mi esposo. Pero todo fue inútil. El daño que le había causado había sido demasiado grande y ya no había vuelta de hoja. Vivíamos bajo el mismo techo, para no causar escándalo entre la gente, pero hasta ahí. Era imposible revivir el pasado.

Hasta que... Sí: “hasta que...”. Ésta ha sido toda mi vida: una continua zozobra, un continuo “hasta que...”. A veces tengo miedo a despertarme por la mañana, pensando: “¿Qué me va a pasar hoy?” Pues bien, hasta que me llegó un recado de parte del consejo parroquial: “Doña Amalia, ya no puede seguir dirigiendo los cursos de conversión por su falta de testimonio. ¿Cómo puede orientar a los demás, si no puede con su mismo hogar?”

Para mí fue el acabose: sin esposo, sin hijos, sin apostolado y sin escuela, puesto que por aquel entonces ya me había jubilado. Y podría añadir también: sin Dios. De hecho, por todo lo anterior caí en una profunda depresión. Aunque luchara con todas mis fuerzas por acercarme a Dios y experimentar su consuelo, no podía. Me resultaba imposible dirigirme a Dios como antes, para decirle: “Padre”. Más bien lo sentía como un ser lejano, todopoderoso y cruel. “Ni modo - pensaba -: la regué y ahora tengo que pagar”. Mis antiguos amigos, de uno y otro bando, huían de mí, como se huye de la peste en persona.

Ahora que todo pasó, entiendo que se trató de un período de purificación. Ahora entiendo mejor el grito angustioso de Jesús en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46). Me doy cuenta de que, con todo lo que me pasó, mi Padre Dios contestó a mi deseo juvenil de martirio, un martirio lento que empezó hace casi cincuenta años y aún no sé hasta cuando va a durar. Ojalá que este largo martirio sirva para que los responsables de la Iglesia abran los ojos y sean más cuidadosos cuando toman decisiones que pueden afectar profundamente la vida de sus feligreses.

## Capítulo 5

### EN BUSCA DE PAZ

En el momento en que me sentía más desesperada y buscaba con ansia una señal del cielo como respuesta a mis súplicas de luz, apareció en mi casa el Pastor James con una propuesta muy concreta y atractiva:

- Hna. Amalia, usted ya sabe cuánto la apreciamos en La Hacienda del Gran Rey. Estamos seguros de que usted aún tiene mucho que dar para la causa del Evangelio. Pues bien, visto que ya dejó de dirigir los cursos de conversión, que por cierto han hecho tanto bien a las almas sedientas de Dios, la invito a ser pastora del templo que tenemos en esta misma colonia, llamado “Paz y Prosperidad”. Actualmente cuenta con unos cuarenta feligreses y el pastor que está a su cargo me informa que mensualmente le quedan unos siete mil pesos, una vez sacados los gastos de mantenimiento. Ahora bien, llevándose consigo a las personas que más la aprecian, fácilmente podrá conseguir mensualmente una entrada de diez mil pesos. A mí me da el diezmo y se queda con nueve mil pesos. ¿Qué le parece? Además, allá tendrá la dicha de pastorear a sus mismos hijos, uno de los cuales, el misionero, será su ayudante. ¿Cómo la ve? A propósito, ¿cuánto le daba el cura por el servicio que prestaba a la parroquia como directora de los cursos de conversión?

- Nada.

- ¿Cómo que nada? Así que en la Iglesia Católica son muchos los que trabajan y uno solo el que toma para sí todas las ganancias. ¡Qué injusticia!

No tuve tiempo ni para pensar. El Pastor James me tomó de la mano, me ayudó a salir de la casa y entrar en su coche, que estaba estacionado delante de la puerta. En unos minutos llegamos al templo, donde estaban esperando unas cien personas, entre los miembros de la comunidad y los invitados. El Pastor James me presentó con palabras muy elogiosas y esperanzadoras con relación a mi futuro desempeño como “pastora y predicadora del Evangelio”.

Me sentí como aturdida. Antes que pudiera reaccionar, me vi inundada de aplausos con abrazos y muestras de cariño de parte de todos, especialmente de los antiguos compañeros, enviados

a La Hacienda del Gran Rey como delegados parroquiales para especializarnos en la evangelización. El momento culminante fue cuando se me acercaron mis dos hijos, que, según el Pastor James, se me habían adelantado en la aceptación de Cristo como su único Salvador y Señor. Me abrazaron con efusión, como nunca habían hecho en su vida, me pidieron disculpas si me habían causado algún sufrimiento en su intento de querer seguir a Cristo de una manera radical y me prometieron todo su apoyo en el cumplimiento de la nueva misión que se me había encomendado como pastora y predicadora.

Después supe que todo había sido preparado y hasta ensayado con anterioridad. De ahí su fuerte impacto en mi persona, tan sensible y al mismo tiempo tan debilitada por las pruebas. De todos modos, por lo menos por algún tiempo, la nueva experiencia representó para mí un gran alivio, puesto que me ayudó a olvidar mis penas y a volver a soñar en una nueva vida al servicio del Evangelio.

Así que pronto me lancé a la tarea de predicar con ganas la Palabra de Dios, aprovechando cualquier oportunidad para hablar de Cristo, muerto y resucitado por nosotros. Para mí, hablar de la pasión de Cristo como prelude de la resurrección se había vuelto en un bálsamo, que calmaba los ardores de las heridas, y al mismo tiempo me ayudaba a descubrir el sentido último de mi existencia. Era tanta la convicción con que hablaba que muchos, sin que yo me lo propusiera, llegaban hasta a derramar lágrimas de arrepentimiento o consuelo. Y todo esto hizo que pronto me llovieran solicitudes de parte de otras congregaciones para que yo hablara en sus templos de un tema casi desconocido en sus ambientes.

Fue una experiencia bastante enriquecedora para mí y sin duda resultó de mucha utilidad para los que tuvieron la oportunidad de asistir a mi predicación. Pero no duró mucho tiempo. Pronto empezaron las críticas:

- La pastora Amalia parece más católica que evangélica. Habla demasiado de la pasión de Cristo. ¿Cuándo hablará de la prosperidad, que es el signo que acompaña siempre al verdadero creyente?

- La pastora Amalia aún no se ha convertido completamente. Parece traumatizada por su pasado como católica y no se decide a dar el paso decisivo, reconociendo públicamente al Pastor James como el enviado de Dios para los últimos tiempos.

No sé si por falta de conversión o por el miedo a llamar demasiado la atención, opacando la figura del Pastor James, el hecho es que, con el pretexto de la edad, antes de cumplir un año como pastora, fui exonerada del cargo, que fue entregado a mi hijo, el misionero. De todos modos, la experiencia como pastora y predicadora para mí resultó de grande utilidad sea en el aspecto psicológico, en el sentido que me ayudó a salir del estado de depresión en que me encontraba, sea en el aspecto económico, puesto que me aseguró un capital suficiente para vivir desahogadamente los últimos años de mi vida.

Al realizarse el cambio, mis dos hijos evangélicos me suplicaron insistentemente que no volviera por ninguna razón a la Iglesia Católica, puesto que de ahí dependía su porvenir, uno como pastor y el otro como ingeniero encargado de la construcción de los templos de la iglesia “La Hacienda del Gran Rey”. Así que, una vez más, regresé a mi soledad. ¿Hasta cuándo durará? No lo sé. Dios dirá. Estoy en sus manos.

Hace unos días fui a ver a un padre de la catedral, le conté todo y su respuesta me dejó más desconcertada que nunca:

- Mire, doña Amalia - me dijo -: si usted cree que la voy a ayudar a regresar a la Iglesia Católica, se equivoca. Sencillamente no responde a mi manera de ver las cosas. Para mí, si quiere regresar, regrese y, si quiere seguir siendo evangélica, siga siendo evangélica. Es asunto suyo y a mí ni me va ni me viene.

En estos días, hojeando sus libros, me di cuenta claramente de que la Iglesia Católica es la única Iglesia que fundó Cristo, algo que siempre había creído, aunque nadie me lo hubiera enseñado, mucho menos con el fundamento bíblico que usted presenta. Estando así las cosas, le pregunto, padre, qué tengo que hacer para agradar a Dios y al mismo tiempo no causar molestia a mis hijos evangélicos. Conociendo bastante al Pastor James, yo sé que es capaz de todo con tal de hacerme la vida difícil, si regreso a la Iglesia Católica e intento dar a conocer todas sus maniobras para obligarme a dejar el catolicismo y pasarme con él.

Lo que más me preocupa, es el daño que puede causar a mis hijos, que prácticamente dependen de él en todo. Yo de por sí estoy acostumbrada a sufrir. ¿Acaso desde niña no soñé con ser mártir por la fe, como mi papá?

Al escuchar las confesiones de doña Amalia, sinceramente no sé qué pensar. Me siento como aturdido. Nunca me hubiera imaginado que por motivos religiosos se pudiera llegar a sufrir tanto, hasta soportar un verdadero martirio, lento y doloroso, con altibajos y momentos de intensidad dramática, insospechables en un asunto destinado a dar serenidad y paz. Me levanto y la miro a los ojos, unos ojos cansados, que reflejan un profundo dolor, soportado con una dulce resignación y una inmensa paz. Sufrimiento y paz: compañeros inseparables de las almas grandes, signos inequívocos de elección divina y garantía segura de santidad probada.

Mientras trato de balbucear unas palabras de consuelo y esperanza, para salir al paso de una situación para mí totalmente inédita, suena el timbre y veo a las dos nueras de doña Amalia precipitarse hacia la puerta. Un servidor y doña Amalia nos miramos a la cara y no sabemos qué pensar, puesto que acaba de pasar la medianoche. Mientras tanto se abre la puerta y entran algunas personas, al canto de las mañanitas. Estando en la penumbra, no alcanzamos a distinguirlas. Al mismo tiempo salen de la cocina los dos hijos de doña Amalia, gritando “Vivan los novios”.

Realmente no sé qué pensar. Todo me parece una alucinación. Por fin veo a doña Amalia correr hacia adelante y abrazarse a un hombre, que acaba de salir de la penumbra. El hijo mayor da la explicación:

- Hoy mis papás cumplen cuarenta años de casados. Queremos que en su presencia, padre, renueven los compromisos matrimoniales de hace cuarenta años.

Ante mis titubeos, aclara:

- No se preocupe, padre, todo está arreglado. Nos regresamos al pueblo donde nacimos. Allá nadie está enterado de los enredos que sucedieron aquí. Ya estamos de acuerdo con el señor cura de allá. Todo será como antes, como si no hubiera pasado nada. Católicos de hueso colorado, como siempre.

Mientras tanto las nueras y los nietos preparan un altar con un grande crucifijo y una imagen de la Virgen. Traen un lazo, lo ponen encima de los dos abuelitos, puestos de rodillas delante del altar y abrazados. Yo, más confundido que nunca, improviso una oración de circunstancia y empieza la fiesta con pastel y todo.

## **Conclusión**

Doña Amalia: ejemplo de un nuevo capítulo que se abre en el martirologio católico. Por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia, sufre hasta lo imposible en el silencio, sin contar con ningún apoyo o reconocimiento oficial, al contrario entre la incomprensión o la contrariedad de muchos pastores de la Iglesia; una advertencia para cuantos, en nombre de una ideología, se vuelven insensibles ante el dolor humano.

Ojalá que, pasada la euforia del momento, el sacrificio (martirio) de doña Amalia sirva para volvernos más realistas y menos aventureros en asuntos de tanta importancia para la fe y el futuro de la Iglesia.

Richmond, VA (EUA); a 25 de agosto de 2008.